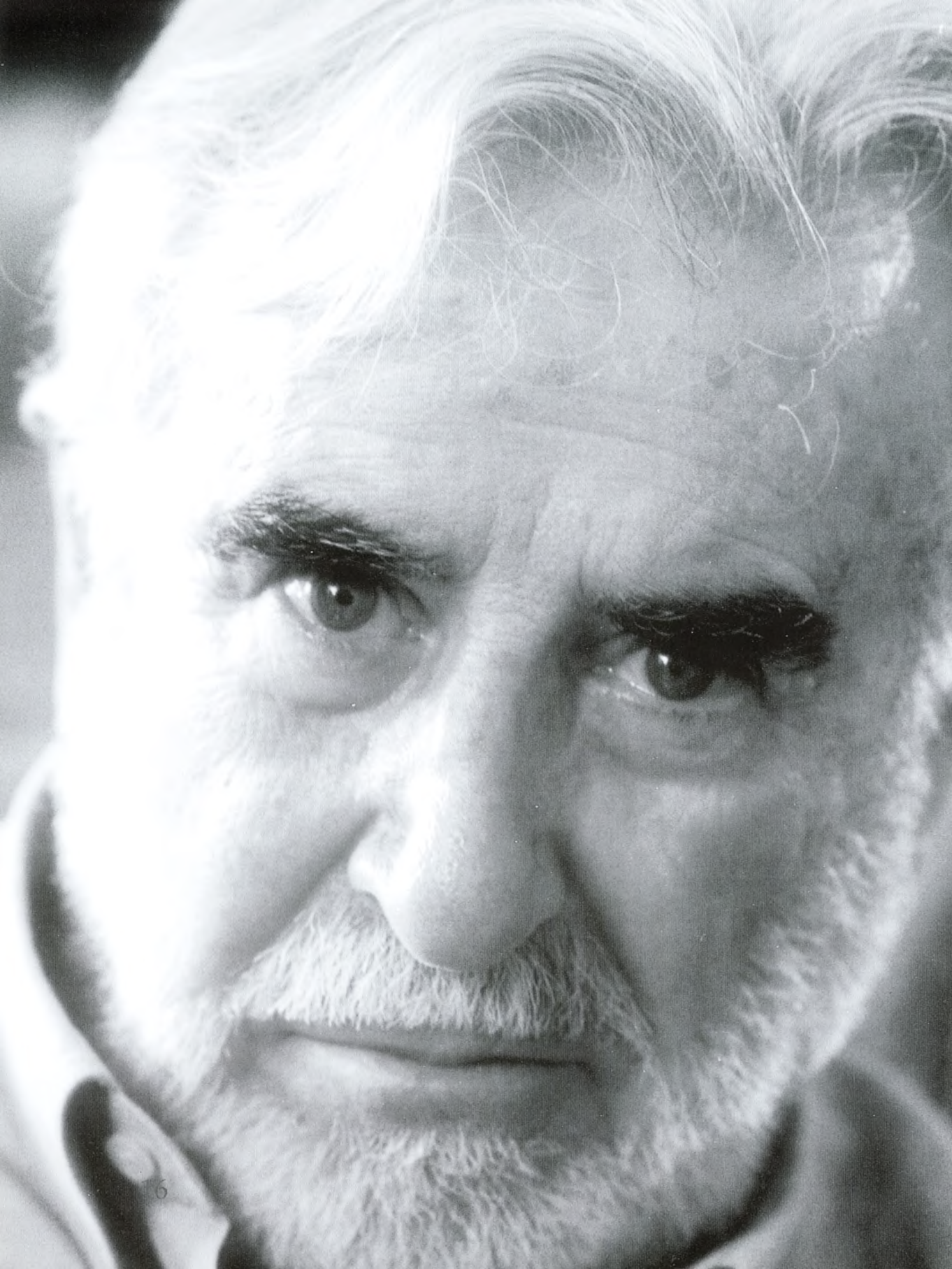
Relatos inéditos

Carlos Castilla del Pino

Las páginas que siguen constituyen los dos primeros capítulos de un relato inédito, de unas setenta u ochenta páginas, prácticamente acabado. Lo escribí en 1988. Posteriormente redacté otro, *J y K*, de la misma extensión, también concluido, del que incluyo tres capítulos. En su día podrían ser (o no) publicados juntos. No quiero dar más explicaciones. Me complace ofrecerlas para su publicación en *Campo de Agramante*.



EL DIENTE

The guilt of consciencie take thou for thy labour
Shakespeare. *Richard II*. Act. V, Esc.VI

1

Estaba de pie, lo recuerda nítidamente; de pie y de espaldas a una pared, blanca aunque desconchada. Miraba al frente, hacia un grupo de hombres de los que no veía más que una parte de su rostro, en el que sorprendía una sonrisa que -se lo dijo para sus adentros- no era en absoluto oportuna en aquel momento. Uno de ellos parecía, incluso, iniciar una carcajada, pero los demás, no; los demás simplemente sonreían. Mientras, su diente comenzaba a movérsele y poco después se le caía. Pero él no trataba de recogerlo; ni siquiera veía cómo caía al suelo, ni dónde caía, porque quería permanecer derecho, en posición de firme ante aquellos seis o siete hombres. Estaba muy sereno, y se preguntaba qué podía hacer él allí ante aquella gente que le miraba sonriente -¿sonriéndole?- pero sin dirigirle la palabra. Cuando el diente cayó (aunque él no supiera dónde), uno de los del grupo, situado frente a él, miró a los demás y pareció preguntar algo, pero él no le oía, ni podía deducir nada por los movimientos de los labios. Era indudable que hablaba y que los demás escuchaban, y atendían. Porque a él le asaltó la duda al principio de que tampoco los demás oyeran o entendieran al que hablaba. Entonces, él dijo algo así como *soy yo, soy yo*, pero eso no lo recuerda claramente; sí, que se dirigió al grupo y pronunció unas palabras, y que aquellos a los que se dirigía no parecían hacerle ningún caso, de modo que dejó de hablar y no dijo más, aunque él pensaba terminar su perorata añadiendo *no sé si reír o llorar...* No tiene una idea muy clara de qué pasó después, aunque los del grupo se echaron a reír de manera ruidosa, descarada, sin pudor alguno, y, riéndose de esta forma, se marcharon, y él, entonces, se quedó allí solo, ante la pared, preguntándose si podría marcharse o tendría que quedarse allí, y, ante la duda, permaneció como estaba, derecho, ante la pared desconchada, solo, completamente solo. No sabía, en efecto, si reír o llorar, pero le distrajo notar que algo húmedo salía de la boca y se pasó el dedo por el labio inferior en donde

notaba esa sensación nueva, y, al mirar inmediatamente después su dedo, comprobó que era un poco de sangre, no mucha, sino un hilito. Y se limpió el dedo con el pañuelo y fue entonces cuando se puso a llorar al mismo tiempo que decía *soy yo, soy yo,* aunque esas palabras podía habérselas ahorrado porque ya nadie le oía, y él lo que quería decir era que sí, que era él, pero que además de él había algunos más también culpables, y que lo que quería saber era por qué a él y a nadie más. Y no es que le importase mucho que pusieran a otros también ante la pared; era simplemente la pregunta acerca de por qué él era el escogido, cuando se le había dicho alguna vez que, además de él, había otros.

2

Por la mañana salió a pasear. No tenía nada que hacer; nunca tenía nada que hacer, de manera que salió sin rumbo, sin decidir de antemano qué camino tomar. Siempre iba hacia donde menos gente pudiera encontrar. Le molestaban los tumultos, incluso los grupos, por dos razones: la primera, por los ruidos; la segunda, porque se sentía tan distante de todos los demás que prefería no vivir esa sensación de extrañamiento que, si por un lado le deparaba la lejanía de todo y de todos, y la conciencia de estar aparte y ser diferente, por otro le angustiaba, como si el no ser como los demás le impidiera toda relación aunque en algún momento la deseara. Porque a veces sentía necesidad de alguna relación, por liviana que fuera, porque aun así era un contacto. Lo pensaba a menudo: *o estoy solo o me he quedado solo*. De hecho, cambiaba de punto de vista según los días y hasta los momentos. En algunos, experimentaba tal desdén por aquellos capaces de pasar horas y horas en charloteo continuo que la soledad se le hacía soportable. Pero en otros sabía que no podía justificar ese desprecio, y que al fin y al cabo tampoco era él tan superior como para que su soledad le bastase; que quizá su soledad se basaba, más que en la superioridad, en la necesidad de estar solo, de que no se le viera, de huir de todo contacto. Entonces aparecía algo que él calificaba -en su fuero interno no decía la palabra sino que se limitaba a pensarla, a representársela escrita ante sus ojos- como pena, pena de sí mismo, la que imaginaba que los demás podrían sentir por él. Era eso, lo que él mismo denominaba su soledad absoluta, lo que entonces le pesaba, y de tal forma que más parecía algo material, como

una enorme piedra, que algo inmaterial, algo simple y solamente sentido, experimentado. *El pesar de la pena. Cómo pesa el pesar.* No dejaba de asombrarse de que fuera un pesar físico... En esos momentos, en esos días (porque a veces se prolongaba esa sensación hasta varios días seguidos), no huía de la gente porque experimentara algún temor, sino porque también le disgustaba el pensar que pudieran sentir pena de él. *Nadie tiene por qué compadecerme.* Y surgía como un cierto orgullo que no por eso le despojaba de la pena de sí mismo ni de la necesidad que de los otros -no de todos pero sí de algunos- pudiera sentir. Porque lo cierto era que de vez en cuando miraba, atentamente pero con disimulo, a alguna muchacha, o a alguna mujer ya entrada en años, y se figuraba ver en ellas algún rasgo de bondad, de compasión, de (le molestaba y no le molestaba reconocerlo) conmiseración hacia él, y se imaginaba que con ellas quizá podría estar. No vivir siempre, pero por lo menos hablar, hablar algo, tener alguien que alguna vez le escuchase, y hasta se entregaba a fantasías en las que hablaba con ellas en algún lugar aparte, sin que nadie les viese, sin que nada ni nadie pudiera interponerse entre ellas y él. Ese sentimiento hacia él jamás lo imaginaba en un hombre, quizá porque les atribuía una dureza tal como para imposibilitarles dejar paso a la compasión que imaginaba que podría inspirar. Pero como ni con aquellas el contacto era posible, reconocía que no podía ser nada más que un deseo, una fantasía, *mi película.* Porque esas fantasías estaban encadenadas, perfectamente ensambladas, como una narración, como un cuento en el que a una escena sigue otra y otra y otra, y así hasta el final. Y se iniciaban siempre del mismo modo: apenas atravesaba el dintel de su casa, después de lanzar a derecha e izquierda una mirada de mero control de lo que ocurría o de quiénes pasaban, solía imaginar que se encontraba casualmente con esa muchacha o esa mujer algo mayor a la que por alguna circunstancia tenía que ayudar, por ejemplo, porque se le caía algo de lo que llevaba en la cesta. Y entonces, como por otra parte ella le conocía de sobra (de vista, claro, nada más que de vista, porque nunca había hablado con él), entraban en conversación, porque ella le daba las gracias y le sonreía; y de pie, sin llegar a sentarse, pese a que la conversación se prolongaba, ella le preguntaba cómo vivía, qué hacía durante todo el día y toda la noche, por qué se le veía siempre solo, y cómo es que podía vivir así; y hasta se ofrecía a ayudarle si alguna vez lo necesitaba, y le decía que, en ese caso, podía llamarla, y ella iría sin reparo alguno, a sabiendas de su soledad, de su extrema soledad, y le confesaba cómo muchas veces

se había preguntado qué haría él si alguna vez necesitara ayuda porque estuviera enfermo o precisara de alguien para cualquier otra cosa. Y ella le descubría que un día hasta pensó que podía llamar a su casa y ofrecerse sin más, porque sentía piedad por él, piedad porque, se lo decía insistentemente, no se puede vivir así, solo, solo, siempre solo, sin nadie con quien hablar. Pero él le decía: *no, no soy como los demás, hay algo que me impide ser como los demás*. Y entonces ella -la muchacha o la mujer, según el día- se apartaba de él discretamente, sin atreverse a preguntar más, y se despedía respetuosamente, como reconociendo que ya había logrado de él lo que nadie obtuviera nunca: unas palabras, una sonrisa, una atención. Pero ese era -seguía imaginando- el enigma para los demás: por qué él no podía ser como todos, como cualquiera. De vuelta a la realidad, también él se preguntaba por qué no podía ser como todos los demás.

J y K

Libera voluntas.
In libertatem vindicare.

1.SEÑALES

En la mañana del 15 de Octubre, aproximadamente hacia las 8,30 de la mañana, J notó una molestia en el epigastrio, como dos o tres centímetros más arriba y un poco a la izquierda del ombligo. No era dolor, sino como un leve pellizco que le aumentaba ligeramente cuando respiraba hondo o cuando –como tuvo oportunidad de comprobarlo, sin pretenderlo- comprimió la prensa abdominal para la defecación puntual de después del desayuno (hacia las 9 de todas las mañanas)

Le preocupó. Jamás había sentido algo semejante. En los 27 años de su existencia, alguna que otra vez había tenido molestias abdominales, especialmente cuando abusó de picantes a los que no estaba habituado, pero que en ocasiones le apetecían: decía notar en esos momentos como una llamada del propio cuerpo –así se expresaba- en forma de lo que en

algún momento denominó *pobreza de boca*, con lo que quería significar que precisaba de algo estimulante en labios y lengua, algo más bien fuerte que le revelase que la boca sentía de verdad, que no era un órgano adormecido, resultado de comidas monótonas y aburridas, siempre las mismas, de sabores reiterados e indiferenciables, sino órgano del sentido del gusto con su capacidad perfectamente conservada de discriminación de sabores.

La molestia de epigastrio desapareció a los quince minutos. Pero justamente después de almorzar, cuando se disponía a dormitar en la butaca, recordó lo que le había preocupado aquella mañana y se le ocurrió palparse – por encima de la ropa, desabrochándose tan sólo el cinturón – el abdomen. No podía comparar lo que sentía ahora, al palparlo, con lo que hubiera podido notar si la palpación no hubiera estado precedida de las molestias de la mañana, porque la verdad es que no recordaba haberse hecho alguna vez una indagación de esta índole. Pero a J le pareció percibir, al tiempo de la palpación, como un cierto dolorimiento difuso, como si una zona de alrededor del ombligo, de no más extensión que la palma de la mano, estuviese especialmente sensible a la presión.

J no quiso hablar con su madre de esto que le preocupaba. La madre de J no era una mujer aprensiva para ella pero sí para su hijo, al que irritaba por su inquisitiva pesquisa acerca del color de su piel, del brillo, que juzgaba apagado, de su mirada, de su menor apetito, de la limpieza o suciedad de su lengua, y por el requerimiento para que usara bufanda al salir de casa, para que se dejase cerrar el cuello del abrigo y cosas por el estilo.

J y su madre vivían solos los dos. J no había conocido a su padre, muerto dos meses antes de que él naciera. "De ahí viene mi preocupación por ti", le decía la madre, "porque a tu padre nunca le noté nada, y me reprocho no haberle mirado con la atención debida, porque es seguro que algo debía notársele si es que no estaba bien, como no debía estarlo si se murió... Y yo no se lo noté porque no me fijé, y ese es el reproche que me hago, aunque cada vez menos, esa es la verdad, porque, con la distancia, me digo que pasó lo que tenía que pasar. Lo que sí te digo ahora a ti es que nadie puede morirse de la noche a la mañana sin alguna señal de que algo serio le pasa. Eso que dice la gente: "fulanito o menganito estaba muy bien y se murió de repente", es una tontería. Si se murió no podía estar bien, aunque lo vieran bien, aunque incluso se sintiera bien".

Ese 15 de octubre J no pudo dormitar en la butaca su siesta habitual de media hora. Aunque se puso a leer el periódico, al poco tiempo lo dejó para llevar a cabo una nueva palpación, muy suave al principio, más honda después. ¿Notaba algo, algún bulto, algo que le hiciera sospechar la existencia de un proceso abdominal responsable de la molestia de aquella mañana? ¿Era anómalo lo que sentía ahora al palparse, oprimiéndose fuertemente el abdomen, o era sin más lo que cualquiera siente cuando al abdomen se lo oprime aunque sea con una leve presión? No pudo darse, naturalmente, una respuesta satisfactoria porque no tenía experiencia acerca de sus sensaciones tras la palpación y presión del propio abdomen.

Por la tarde, J no probó el café con leche y la magdalena que su madre le ponía todos los días como merienda a las seis en punto de la tarde. Pero la madre no lo descubrió hasta que se dispuso a colocar los platos y cubiertos para la cena, o sea hacia las nueve.

-¿Qué te pasa, si es que te pasa algo, y si puede saberse?-, le dijo su madre con la inquisición que le era proverbial.

-Pues, la verdad, nada. ¿Puedo alguna vez no tener ganas de merendar?-, protestó J.

La madre hizo un gesto significativo de que era preferible no seguir inquiriendo si no quería provocar en J una actitud de la que luego ella misma se arrepentiría. "Mejor será –pensó– que de él salga lo que tenga que salir cuando llegue la ocasión". Y se dispuso a someterlo a una observación, que ella pretendía que fuera inadvertida por su hijo, pero que, por la misma constancia con que la llevaba a cabo, era indisimulable.

2. HUIDA

J se acostó temprano, después de tomar una sopa de fideos, una tortilla francesa y una pera. La madre lo vio irse hacia el dormitorio apenas levantado de la mesa. Lo observó en silencio, con cierta perplejidad. Le extrañaba esa especie de mutismo tan inusual en el curso de su vida en común. Cuando alguna vez había ocurrido algo semejante, el mismo día o al día siguiente, rara vez después de dos días, se acercaba a ella, la besaba y le daba a lo mejor un cariñoso empujón. Y todo volvía a ser como siempre. Por esta razón, la madre no quiso, ni antes con motivo de la merienda,

ni ahora con la ida a la cama sin explicación ni despedida, preguntar los motivos de esos comportamientos notoriamente excepcionales. Si no le hubiese notado señal de que algo le pasaba y que no quería decir, quizá le hubiese dejado ir con alguna despedida irónica por su parte del tipo de "vaya *usted* con Dios y que duerma y descanse muy bien y sueñe con los angelitos". Pero intuyó que cosas de este jaez hubiesen sido inoportunas y lo dejó ir, permaneciendo ella todavía sentada.

El dormitorio de J estaba al lado del de su madre, razón por la cual ella podía, por la mañana, y como si no le diera importancia alguna, advertirle durante el desayuno cosas como "esta noche has tosido dos o tres veces" o "me parece que eran las cinco cuando te levantaste para orinar" o, revelando mayores precisiones, "esta noche te has movido, has estado, diría yo, como inquieto". J no se hacía eco de estas advertencias y comentarios maternos, todo lo más se encogía de hombros sin mirarla. De esta forma, parecía decir que no iba a discutir tales aseveraciones.

El dormitorio era una habitación de 4 por 6 metros en donde, además de la cama y un armario, disponía de una mesita, un flexo y un mueble pequeño con una docena de libros que desde luego él no había adquirido. Entre ellos figuraban el muy leído *Medicina del Hogar*, *La Escuela Moderna*, de Ferrer Guardia, un ejemplar del *Quijote*, *La Imitación de Cristo*, *Gimnasia Sueca*, el primero y único volumen de la *Crítica de la Razón pura*, de Kant, en la traducción de José Perojo, *Aguas Subterráneas*, de Lucas Navarro, el *Diccionario Latino-Español y Español Latino de Valbuena* y el *Diccionario de la Lengua española*, de José Alemany. Eran libros muy leídos (a veces subrayados) durante las horas en que prefería permanecer en su habitación y dejaba a su madre sola, cosiendo, sentada en una silla baja al lado del balcón. La madre respetaba esas horas solitarias de J, hasta el momento de la merienda, en el que daba unos golpecitos en la puerta y esperaba la contestación de J, siempre la misma: "ahora voy".

La habitación de J daba a un patio interior y sólo en los meses de verano, hacia las 12 del mediodía, penetraba un rayo de sol. A J le gustaba su dormitorio por el silencio que le ofrecía: no se oía ni voz ni ruido alguno

3. LA INTERRUPCIÓN

Estaba en el rincón de Sacramento, la calle que va por detrás de la iglesia, desemboca en Zapatería y continua hasta san Nicolás, debajo de una capillita empotrada en la pared. Había comenzado a orinar, pero, en ese instante, oyó un ruido y precipitadamente escondió su pene en el pantalón y se subió la cremallera. Momentos después pasaba un perro, que se detuvo, le miró y siguió su camino.

Después de este sueño se despertó con cierta angustia. ¿No serían las molestias experimentadas por la mañana efecto de alguna continencia forzosa, por ejemplo de una micción? La verdad es que no recordaba haber contenido las ganas de orinar más de lo en él usual, pero al recordar lo soñado se le vinieron a la memoria sus estudios de latín en el segundo curso del bachillerato y cómo, en cierta ocasión, pasando las páginas del *Diccionario* de M. de Valbuena, había visto que orinal se dice en latín *matula,* padecer de retención de orina *stranguria laborare* y también *urinae dificultas*. Volvió a comprobarlo por la tarde del día en que había soñado.

Pero, ¿por qué le habían venido a la memoria tales cosas? Y aún más: ¿por qué en el sueño el perro hizo lo que hizo, es decir, detenerse y mirar? Recordó entonces otra frase latina: *pecuniae obediunt omnia*, y pensó –cosa absurda, se dijo- que el perro habría obedecido por dinero, en tanto el perro se había comportado como humano, y los humanos, ya se sabe, no se resisten a hacer lo que haya que hacer (o se dejan hacer hasta alcanzar la máxima vileza) si media el dinero.